

Capítulo

1

Nueva York

«Has hecho un trabajo excelente», le dijo Rafael Salinas al asesino, que se encontraba de pie en el otro extremo de la sala, al lado de la puerta. O al hombre no le gustaba estar demasiado cerca de otros seres humanos, o no confiaba en Salinas y se estaba dando a sí mismo una oportunidad para escapar en caso de que la reunión se complicara —si ése era el caso, era inteligente—. La gente que no se fiaba de Salinas solía vivir más que la que confiaba en él. A Drea Rousseau, acurrucada al lado de Salinas, no le importaba lo que el asesino pensara mientras se mantuviese a cierta distancia.

Le ponía la piel de gallina la manera en que parecía no pestañear nunca. Lo había visto antes otra vez, y en aquella reunión había resultado obvio que no le gustaba su presencia. Había clavado su mirada fija e inexpresiva en ella durante tanto tiempo que había empezado a preguntarse si tenía por costumbre eliminar a la gente que podría identificarlo —no a la gente que le pagaba, por supuesto, o quizá incluso también a ellos una vez tuviera el dinero en sus manos, o en su cuenta, o comoquiera que los asesinos cobraran sus honorarios—. No tenía ni idea de su nombre ni quería saberlo, porque, aunque

se supone que la verdad te hace libre, en este caso creía que ésta posiblemente podría resultar letal. Para ella, él era el asesino de Rafael, aunque en realidad no formaba parte del equipo habitual de Rafael; era independiente, cualquiera que pudiera permitírsele podía contratarlo. Por lo menos dos veces hasta el momento, que ella supiera, Rafael había asumido el precio.

Para evitar mirar hacia él y quizá encontrarse con esa mirada fija y turbadora de nuevo clavada en ella, se puso a examinar con desagrado el esmalte color magenta de las uñas de sus pies. Se las había pintado esa misma mañana, pensando que quedarían bien en contraste con el conjunto informal de seda color crema que llevaba puesto, pero los tonos púrpura resultaban demasiado chillones. Debería haber utilizado un tono porcelana, algo delicado y casi transparente acorde con el conjunto, en lugar de contrastar con él. En fin, de los errores se aprende.

Cuando el asesino no contestó, cuando no se apresuró a responder a Rafael que había sido un honor haber trabajado para él como solía hacer el resto, los dedos de Rafael tamborilearon con impaciencia en su muslo. Era un tic nervioso que tenía cuando no se sentía a gusto, un pequeño pero elocuente gesto, al menos para Drea. Ella había estudiado cuidadosamente cada uno de sus estados de ánimo, cada uno de sus hábitos. No estaba precisamente *asustado*, pero él tampoco se fiaba, lo que significaba que en la sala ya había dos hombres inteligentes.

—Me gustaría ofrecerte una prima —dijo Rafael—. Cien mil dólares más. ¿Qué te parece?

Drea no levantó la vista, aunque rápidamente procesó la oferta y lo que ésta significaba. Se tomaba muchas molestias para no mostrar nunca interés alguno en los negocios de Rafael

y cuando ocasionalmente él le había consultado sobre asuntos muy puntuales pero importantes, ella había fingido que no entendía lo que él quería decir. Por eso Rafael no era tan cuidadoso delante de ella como lo hubiera sido de otro modo. Para él, ella no se interesaba por nada que no la afectase directamente, y en cierto modo era cierto, aunque no exactamente de la manera que Rafael creía. Él suponía que a ella le traía sin cuidado a quién había matado en su lugar el asesino, que sólo le interesaba lo que se ponía, cómo estaba su pelo y hacer que Rafael tuviera buen aspecto convirtiéndolo en alguien tan sexi y glamuroso como ella misma.

Se preocupaba principalmente por esto último; fomentar la buena opinión de los demás sobre Rafael haciendo que siempre mantuviera una forma de ser comunicativa y agradable. Drea examinó la tobillera de platino y diamantes que rodeaba su tobillo derecho, le gustaba la manera en que los diamantes colgantes brillaban a la luz del sol, la manera en que el platino resplandecía en contraste con su piel morena. La tobillera había sido uno de los regalos que Rafael le había hecho en uno de esos días en que estaba realmente contento por algo. Tenía la esperanza de que su satisfacción con el éxito del asesino lo pusiera de un humor igualmente propicio; no le importaría tener una pulsera a juego, aunque nunca lo había insinuado. Siempre tenía especial cuidado en no pedir nada a Rafael y en maravillarse ante todo lo que le regalaba, aunque fuera horrible, porque incluso las porquerías horribles se podían vender.

No se hacía ilusiones sobre la perpetuidad de su posición en la vida de Rafael. Ahora mismo se encontraba en la cresta de la ola, lo suficientemente madura para ser femenina, lo suficientemente joven para no tener que preocuparse por las canas o las arrugas. Pero dentro de un año o dos, ¿quién podía saberlo?

Rafael acabaría cansándose de ella y, para cuando lo hiciese, quería tener a su disposición un pequeño colchón económico propio, principalmente en forma de joyas. Drea Rousseau sabía lo que era ser pobre, y tenía la intención de no volver a serlo jamás. Había roto todos los lazos con la niña con la que había crecido, la basura blanca de Andie Butts*, blanco de bromas maliciosas por su nombre, entre otras cosas, y se hizo de nuevo a sí misma transformándose en Andrea (pronunciado *anDREIa*, que le sonaba a francés) Rousseau (para que fuera acorde con la pronunciación más sofisticada).

—A ella —dijo el asesino—. La quiero a ella.

¿Quién era *ella*? Andrea alzó la vista con interés... y le dio un vuelco el corazón. El asesino la estaba mirando fijamente de aquella manera fría, sin pestañear, que ella recordaba. El miedo le sobrevino como un maremoto; *ella* era la *ella* a la que él se refería. No había más mujeres en la habitación, no se podía referir a nadie más. Gélidos pinchazos de puro pánico le atravesaban la columna vertebral, pero entonces recobró su sentido común y se relajó. Gracias a Dios, Rafael era un hombre posesivo; él nunca...

—Pídeme otra cosa —dijo Rafael cansinamente, rodeándola con su brazo y acercándola hacia él—. No puedo regalar mi amuleto de la suerte. —Le dio un beso en la frente y Drea le sonrió, casi sin fuerzas y con alivio, aunque había intentado disimular que por un momento se había sentido realmente asustada.

—No quiero quedármela —dijo el asesino con desdén, sin apartar la vista del rostro de Drea—. Sólo quiero tirármela. Una vez.

Tranquilizada por la inmediata negativa de Rafael a la respuesta, y nuevamente confiada, Drea se rió. Tenía una risa

* *Butt* en castellano significa «trasero».

dulce, tan armoniosa como el repicar de las campanas. Rafael le había dicho una vez que le recordaba a un ángel, con su cabello rubio y rizado, sus grandes ojos azules y su risa como campanillas. Ella utilizaba su risa de forma tan deliberada como si fuera un arma, recordándole a Rafael sin palabras que de hecho ella era su ángel, su buena suerte.

Con el sonido, todo el cuerpo del asesino pareció ponerse en tensión. Su atención estaba tan centrada en ella que casi podía sentirla en su piel. Hasta entonces, si hubiera pensado en ello lo suficiente, Drea habría dicho que él ya estaba alerta, pero ahora de alguna manera lo estaba mucho *más*, como si todos sus sentidos se hubieran agudizado, su mirada se había intensificado de tal manera que sentía cómo le quemaba en la piel y su risa sonó tan brusca como si él le estuviera agarrando la garganta con la mano.

—Yo no comparto —dijo Rafael, y una sombra de irritación subrayó la tranquilidad de su tono. El jefe nunca compartía a su mujer; si lo hacía, perdía una ventaja importante en la autoridad que ejercía sobre sus hombres. Seguramente el asesino lo sabía. Pero estaban solos en el ático, sin testigos de lo que Rafael hiciera o dejara de hacer, tal vez por eso había pensado que podría obtener lo que quería.

El asesino volvió a quedarse callado, simplemente mirando y, aunque no se movió, había de repente algo letal cociéndose en la atmósfera entre ellos. Hecha un ovillo contra Rafael como estaba, Drea sintió su casi imperceptible movimiento como si él también se hubiera dado cuenta del cambio.

—Vamos —dijo Rafael con tono convincente. Pero Drea lo conocía bien; se dio cuenta de la desazón que tanto estaba intentando disimular y, como era algo que ella no estaba acostumbrada a ver en él, estuvo a punto de lanzarle una mirada punzante, antes de inclinarse sobre sí misma y ponerse a ana-

lizar una de sus uñas como si tuviera una astilla incrustada en el esmalte—. Es mucho dinero para tirarlo a la basura por una nimiedad. El sexo es barato, se puede comprar mucho con cien mil dólares.

El asesino esperó, callado como una tumba. Había hecho su petición, y lo único que tenía que decidirse todavía era si Rafael se la concedería o se la denegaría. Sin decir una palabra, dejó claro que no aceptaría el dinero que le habían ofrecido; en lugar de ello se iría y, como mucho, Rafael no podría solicitar nunca más los servicios del asesino cuando los necesitara. En el peor de los casos... Drea no quería pensar sobre cuál podría ser el peor de los casos. Con un hombre como ése, todo era posible.

De repente, Rafael miró a Drea con su oscura mirada fría y calculadora. Ella tomó aire, alarmada por la repentina frialdad, por la valoración. ¿Estaba realmente considerando la idea, sopesando las consecuencias de continuar negándose?

—Por otra parte —musitó—, quizá me haya convencido a mí mismo. El sexo *es* barato, y yo también puedo tener mucho por cien mil dólares. —Retiró el brazo que rodeaba los hombros de Drea y se puso en pie, alisándose los pantalones con un estudiado movimiento que hizo que el dobladillo cayese sobre sus zapatos exactamente en el lugar correcto—. Has dicho una vez. Tengo negocios en la ciudad que me mantendrán ocupado durante unas cinco horas, lo que es más que suficiente.

Hizo una pausa y añadió a la ligera:

—No le hagas daño.

Sin ni siquiera volver a mirarla, cruzó la sala de estar dirigiéndose hacia la puerta.

—¿*Qué?* —gritó Drea irguiéndose, incapaz de pensar con claridad. ¿Qué estaba diciendo? ¿Qué estaba haciendo? ¿Era una broma, no? ¿*No?*

Drea clavó su mirada desesperada e incrédula en la espalda de Rafael mientras él caminaba hacia la puerta. No quería decir eso. No *podía* haber querido decir eso. En algún momento se daría la vuelta y se reiría, disfrutando de su broma a costa del asesino, sin importarle haberla puesto a ella al borde del infarto. No le importaba que le hubiera dado un susto de muerte, no le diría ni una palabra sobre ello si él se detuviese, si dijera: «¿De verdad creías que estaba hablando en serio?».

No era posible que la hubiera entregado al asesino, no era posible...

Rafael llegó hasta la puerta, la abrió... y se fue.

Casi sin aliento, con los pulmones oprimidos por la incipiente oleada de pánico que amenazaba con ahogarla, Drea se quedó con la mirada fija en la puerta sin ver nada. Ahora él la abriría y se reiría. En cualquier momento, Rafael volvería a entrar.

No miró al asesino, no se movió, no pestañeó, se había quedado helada. Su propio pulso rugía en sus oídos, los latidos de su corazón eran como truenos. La enormidad de lo que Rafael acababa de hacer era tan insoportable que no era capaz de asimilarlo. Su cuerpo y la mayor parte de su cerebro se habían quedado paralizados, pero una parte de su mente todavía funcionaba, todavía alcanzaba a comprender que Rafael la había arrojado a las garras del león y que, a continuación, se había ido sin dudar y sin volver la vista atrás ni por un momento.

El asesino entró en su campo de visión, se acercó en silencio a la puerta y la cerró con todos los cerrojos, los pestillos e incluso deslizó la cadena de seguridad en su ranura. Nadie sería capaz de entrar, ni siquiera con una llave, sin que él se diera cuenta.

Su cuerpo volvió a la vida y ella echó a correr, haciendo repiquetear sus tacones por las baldosas de mármol. Su cuerpo

tenía voluntad propia, movido por la desesperación, sin ningún tipo de pensamiento o plan. Se lanzó hacia la entrada, luego la razón la hizo detenerse súbitamente mientras su cerebro se sincronizaba con su cuerpo. Al final del pasillo estaban los dormitorios, y ése era el último lugar al que ella quería ir.

Miró a su alrededor con desesperación. La cocina... había cuchillos, un mazo para la carne, tal vez podría defenderse...

¿Contra él? Cualquier esfuerzo que ella hiciera a él le parecería ridículo, o peor aún, haría que se enfadara, quizá hasta el punto de matarla. En cuestión de minutos, su objetivo había cambiado de la evasión a la simple supervivencia. No quería morir. No importaba lo brutalmente que la tratara, no importaba lo que le hiciera, ella no quería morir.

No había ningún lugar seguro, ningún refugio donde pudiera esconderse. Incluso siendo consciente de ello, asumiéndolo, no podía quedarse ahí parada; no había ningún lugar adonde ir, no había forma de detenerlo, salió al balcón desde el que se veía toda la ciudad desde lo alto. Llegó hasta el muro, pero no podía continuar más allá a menos que intentase volar, y su instinto de supervivencia era demasiado fuerte para permitirselo. Mientras estuviera viva, intentaría seguir así.

A ciegas, alcanzó y se agarró a la barandilla de hierro situada sobre el muro, con los dedos apretados alrededor del metal y la mirada perdida. Central Park se extendía a sus pies, un frío oasis verde en el medio de la inmensa jungla de acero y cemento que era Manhattan. Los pájaros planeaban allá abajo y las gruesas nubes sobre su cabeza se deslizaban perezosamente por el azul puro del cielo. El cálido sol tocó su rostro, sus brazos y hombros desnudos, mientras una brisa se filtraba entre sus rizos. Se sentía desconectada de todo ello, como si nada fuera real, ni siquiera el calor del sol en sus mejillas.

Sintió cómo él se acercaba, cómo se detenía detrás de ella cuando ya estaba cerca. No lo había oído, no se escuchaba otro sonido que el susurro de la respiración y el apenas perceptible ruido de la ciudad allá abajo; sin embargo sabía que él estaba ahí. Todos y cada uno de los nervios de su piel se pusieron en tensión, diciéndole que la muerte estaba a punto de llegar y tocarla.

Él posó su mano en la desnuda curva de su hombro.

El pánico le estalló en el cráneo, fuegos artificiales mentales que impedían el pensamiento y la acción. No reaccionó; no podía. Se quedó allí de pie, temblando violentamente, porque no era capaz de hacer nada más, ni nada menos.

Lentamente, como si saboreara la textura de su piel, recorrió todo su brazo. Su mano era fuerte y cálida, las yemas de sus dedos y la palma de sus manos estaban ásperas por las callosidades, pero su tacto era suave, incluso... ¿dulce? Ella esperaba brutalidad, estaba preparada para ello, estaba tan centrada en la simple supervivencia que no podía asimilar la realidad de la caricia. Sus sentidos se tambalearon como si él la hubiera golpeado.

Su mano, deslizándose, alcanzó sus dedos, que todavía estaban fuertemente agarrados alrededor de la barandilla, y los rozó ligeramente antes de cambiar de dirección y continuar acariciando su brazo hacia arriba tan lentamente como había bajado. Cuando llegó al hombro no se detuvo, sino que continuó hacia su cuello, separando la mata de cabello rizado hacia a un lado y deslizándolo sus dedos por su garganta, por la curva de su mandíbula, siguiendo las esbeltas líneas de sus músculos y tendones y provocándole escalofríos que recorrían todo su cuerpo. A continuación, trasladó su atención hacia el ancho tirante de su blusa de seda y empezó a jugar con él, deslizando sus dedos por debajo, haciendo resbalar la tira de tela

hacia abajo. Si antes no se había dado cuenta de que no llevaba sujetador, ahora ya lo sabía.

—Respira —dijo.

Era la primera palabra que él le dirigía. Su voz grave y ligeramente áspera hizo que la palabra se convirtiera en una orden.

Ella lo hizo, tomó aire y sólo entonces se dio cuenta, debido al agudo alivio de sus pulmones, de que había aguantado la respiración durante tanto tiempo que había estado a punto de morir.

Despacio, todavía muy despacio, él bajó la mano por su costado, el calor de su tacto la abrasaba a través de la fina seda. Llegó al final de la prenda y sus dedos se sumergieron bajo ella, explorando la cinturilla elástica de sus ligerísimos y ondulantes pantalones, deslizándose por debajo de ella y a su alrededor. Ahora también sabía que tampoco llevaba bragas. Drea se tragó el nudo de la garganta y cerró los ojos con fuerza.

Cerrar los ojos era un movimiento instintivo para mantenerlo alejado, para distanciarse del aquí y ahora, pero en lugar de ello su acción pareció agudizar todavía más sus sentidos. Lentamente, él deslizó su mano hacia su estómago y, sin nada más que la distrajera, su atención se centró en su tacto con una intensidad casi dolorosa. Sus músculos se contrajeron, todo su cuerpo se tensó a medida que él iba ascendiendo, mientras ella esperaba, aguantando de nuevo la respiración.

Su mano se cerró completamente sobre su pecho izquierdo, y el aire de sus pulmones se liberó. Él agarró su pecho, lo apretó, lo sujetó en la palma de la mano como si lo estuviera calibrando. Recorrió con el pulgar su suave pezón, su áspera palma raspaba, hasta que su pezón se excitó y se enderezó, firme y abultado; entonces cambió al otro pecho y repitió el proceso.

Una vez más todo empezó a darle vueltas. El mero placer de la caricia dispersó sus sentidos, jadeando e intentando encontrar algo a lo que aferrarse, algo que la mantuviera con los pies en la tierra. Habría esperado cualquier cosa de él... menos esto.

Él inclinó la cabeza y ella sintió el calor de su boca, la suavidad de sus labios cerrados sobre el sensible tendón lateral de su cuello mientras se movía hacia adelante y presionaba su cuerpo contra su espalda, desde el hombro hasta la rodilla. Dios, era tan ardiente... Había sentido frío, pero este calor la abrasaba: se había preparado para la crueldad, pero él había penetrado a través de sus defensas tocándola de una manera que sólo le provocaba placer.

—No te haré daño —murmuró mientras sus labios se movían por su piel a la vez que deslizaba su otra mano bajo su blusa.

Jugó con sus pechos apretándolos, pellizcando sus pezones mientras su boca en su cuello hacía que el estómago le diera otro vuelco como si estuviera en una montaña rusa, subiendo y bajando en una vertiginosa corriente de sensaciones.

No tenía ni idea de cuánto tiempo estuvieron allí, sólo que el desconcertante placer seguía y seguía. Estaba perdida en el mar y sin brújula. Esto estaba tan lejos de sus experiencias y expectativas que no tenía ni idea de lo que debía hacer. ¿Placer? Su relación con Rafael consistía en darle placer a él, el placer de *ella* no importaba en absoluto. Ella había aceptado eso y se concentraba en hacer todo lo que le pudiera hacer feliz a él. ¿Cuándo había sido la última vez que un hombre había intentado satisfacerla físicamente? Era un recuerdo vago, perdido en el tiempo, hacía tanto tiempo que ya había perdido la esperanza de obtener cualquier tipo de placer personal. Sen-

tirlo ahora, en manos —literalmente hablando— de un asesino frío como el hielo, resultaba asombroso.

Él le pellizó los pezones, apretándolos con cuidado, y la sensación fue lo suficientemente aguda para disparar una ráfaga de pura excitación sexual directa a su ingle. Se sintió subiendo y bajando, su cuerpo se arqueaba instintivamente en manos de él mientras sus dedos se deslizaban por la parte trasera de su cuello, sintiendo la dureza, el grosor del músculo. Se pegó a él escuchando los suaves sonidos de incitación que estaba haciendo, sintiendo la rígida protuberancia de sus pantalones mientras frotaba sus nalgas contra ella. Los músculos de su estómago se contrajeron de nuevo, esta vez con anticipación ciega, y ella intentó volverse hacia él.

Él la sujetó, manteniéndola contra la barandilla, la ciudad se extendía ante ellos y a su alrededor. Sintió cómo tiraba de la cinturilla elástica de sus pantalones, sintió el frío súbito del aire en su trasero desnudo mientras él tiraba de la seda hacia abajo, sintió la tensión del elástico alrededor de sus muslos.

El pánico regresó de nuevo, una vez más mezclado con la incredulidad y el terror. *¿Aquí?* ¿En el balcón, al aire libre, donde cualquiera podría verlos? La calle estaba demasiado lejos para que pudieran verlos desde allí abajo pero ¿y la gente de los edificios vecinos? Los telescopios abundaban en esa ciudad, miles y miles de personas espían a sus vecinos, en los edificios del otro lado de la calle y, seguramente el FBI o la DEA * o *alguien* estaría espionando a Rafael, lo que significaba que también la espían a ella —y ese hombre la tenía semi-desnuda en el balcón—.

Él se acercó de nuevo, murmurando algo en voz baja y con tono tranquilizador. Oprimió de nuevo su desnudez y pu-

* Agencia antidrogas del Departamento de Justicia de los Estados Unidos.

so la mano entre ellos. Ella oyó el sordo sonido de una cremallera, sus nudillos presionando brevemente sus nalgas, sobresaltándola en un grito contenido, entonces no era consciente de nada, sólo de su espantosa exposición y de la fuerte presión de su pene desnudo contra la abertura de su cuerpo.

—Inclínate un poco.

Su mano en la parte trasera de su cuello se aseguró de que obedeciera. Sus pies estaban entre los de ella, separándolos todo lo posible dado el obstáculo que suponían sus pantalones alrededor de sus muslos. Dobló las rodillas, agachándose para obtener un ángulo mejor y con la otra mano movió la gruesa cabeza hacia delante y hacia atrás contra su abertura, humedeciéndolos a ambos. Entonces presionó hacia arriba y hacia adentro, penetrándola lentamente y con dificultad.

Drea se retorció, atrapada como un gusano en un anzuelo. Los músculos de sus muslos se tensaban y se relajaban, temblando. Él la sujetó, la empujó hacia él, la estrechó mientras lentamente se retiraba y empujaba de nuevo hacia delante. Su brazo derecho la mantenía pegada a él, mientras su mano izquierda descendía y hurgaba entre sus suaves labios vaginales. Cerró los dedos a modo de tijera alrededor de su clítoris, sujetándolo mientras se movía dentro de ella, adelante y atrás, adelante y atrás, la gruesa, dura longitud de su pene tocando algo dentro de ella —tal vez su punto G— Dios, no tenía ni idea, todo lo que sabía era que se disparaba hacia el clímax tan rápidamente que no podía pensar, entonces empezó a correrse violentamente, con sus músculos internos ordeñándolo y ásperos sonidos animales que indicaban el final emergiendo de su garganta.

Se habría caído hacia atrás desmayada si él no la estuviera sujetando. Él salió de ella con cuidado y la giró hacia él, hasta que ella dejó de jadear y estremecerse, hasta que dejó de

llorar. ¿Por qué estaba llorando? Ella nunca lloraba, por lo menos no en serio. Aún ahora sus mejillas estaban húmedas, respiraba de forma entrecortada y con dificultad. Intentó controlarse y, cuando fue capaz, abrió los ojos y alzó la vista, se encontró con su mirada y se quedó de nuevo sin respiración.

Había pensado que sus ojos eran marrones, pero ahora se había dado cuenta de que eran castaños, lo que era una palabra totalmente inadecuada para los colores que veía allí: no sólo marrón y verde y dorado, sino también azul y gris y negro, surcados por líneas blancas. De cerca, el color le recordaba a los oscuros ópalos, llenos de colores sorprendentes. Su mirada tampoco era fría; el calor que veía en ella la abrasaba, la intensidad del deseo. No se había enfriado en absoluto, al contrario que en todas las experiencias que había tenido anteriormente. Una vez que un hombre se corría, perdía el interés en seguir jugando. Pero este hombre estaba todavía duro, todavía preparado y...

—No te has corrido —le soltó, dándose cuenta de repente.

Empezó a llevarla de espaldas hacia la puerta de cristal abierta, sujetándola cuando sus pantalones amenazaban con hacerla tropezar.

—Sólo una vez, ¿recuerdas? —dijo con su brillante mirada cálida y violenta a la vez—. Hasta que me corra, todo esto cuenta como una sola vez.